

El lenguaje en las nuevas tecnologías

[_DOI:https://doi.org/10.52043/fnv.v3i4.495](https://doi.org/10.52043/fnv.v3i4.495)

Cleóbulo Sabogal Cárdenas

Licenciado en Filosofía y Letras.
Jefe de Información y Divulgación de la Academia Colombiana de la Lengua.

“El lenguaje es el vestido del pensamiento”, sostuvo el poeta, ensayista y lexicógrafo inglés Samuel Johnson. Con esta máxima, el autor del *Diccionario de la lengua inglesa* ratificó la estrecha relación que siempre ha existido entre lenguaje y pensamiento. De ahí que el filósofo y escritor español Miguel de Unamuno haya afirmado que “la lengua no es la envoltura del pensamiento, sino el pensamiento mismo”.

El lenguaje —dijo el gramático español Rafael Seco (1988)— “es el gran instrumento de comunicación del que dispone la humanidad, íntimamente ligado a la civilización, hasta tal punto que se ha llegado a discutir si fue el lenguaje el que nació de la sociedad o fue la sociedad la que nació del lenguaje” (p. 7). Y tanta importancia le dio al lenguaje el filósofo francés René Descartes que en su celeberrimo *Discurso del método* manifestó que lo único que distingue al hombre del animal no es la inteligencia, sino la capacidad para el lenguaje.

Pues bien: el lenguaje, como «conjunto de sonidos articulados con que el hombre manifiesta lo que piensa o siente», como «sistema de comunicación verbal», como «manera de expresarse» y como «estilo y modo de hablar y escribir de cada persona en particular» (Diccionario de la lengua española, 2004), pone al descubierto el interior del ser humano, y este proceso, que puede ser oral o escrito, patentiza, entre otras cosas, el nivel de conocimiento que él tiene de su lengua materna.

Por esa razón, cuanto más conozcamos un idioma, más posibilidades de comunicación y de expresión tendremos, aunque haya que reconocer la veracidad de las palabras del desaparecido maestro de traductores español, Valentín García Yebra (2003): “no hay nadie que domine su propia lengua, si por dominarla se entiende conocer todos sus recursos y todas las posibilidades de usarlos. [...] Por eso conviene saber lo mejor posible la lengua propia antes de contactar con otra” (p. 22). Dicho de otra manera: “en la práctica, no hay nadie que posea todas las palabras y todos los usos del idioma” (Seco, 1988, p. 7).

Todo esto nos lleva a creer que, con lo poco o mucho que podamos conocer de nuestro idioma, debemos expresarnos lo mejor posible, tanto en lo oral como en lo escrito, pues están en juego nuestro prestigio, educación, cultura, profesión, etc. Y como el lenguaje escrito es más exigente que el oral, necesitamos hacer un esfuerzo mayor para que nuestros textos sean inteligibles y estén libres de yerros, entendiendo por estos no solo los errores de ortografía, sino también los relacionados con la sintaxis y la semántica.

Sin embargo, mención especial merecen las cacografías o disgrafías, pues son las que saltan a la vista y llaman la atención de los usuarios del idioma. Además, al decir del maestro de la ortografía y la ortotipografía españolas, José Martínez de Sousa (2008), “una buena ortografía (valga la redundancia) es la mejor tarjeta de presentación en cualquier situación humana en que uno tenga que expresarse por escrito. Las faltas de ortografía son como heridas del texto, heridas sangrantes y en algunos casos escandalosas” (p. 24).

Así y todo, cabe aclarar que, según el profesor español José Polo (2006), “las más graves de las faltas de ortografía son las que se relacionan con la puntuación” (p. 317), pero, curiosamente, estas no suelen escandalizar a nadie: todo lo contrario, pasan inadvertidas para la mayoría de los hispanohablantes, quizá porque la puntuación es “uno de los aspectos más complejos de la ortografía” (Sousa, 2008, p. 379).

A este respecto, cabe recordar las palabras del filólogo hispano Leonardo Gómez Torrego (2009): “puntuar bien un texto indica en el que escribe rigor mental, claridad de ideas y cierta familiarización, consciente o inconsciente, con el funcionamiento sintáctico de la lengua” (p. 126). Por eso, cualquiera que sea el soporte de expresión, escribamos siempre a conciencia, pues la buena redacción no admite excepciones y hoy, más que nunca, escribir está de moda, ya que, como dice la profesora española Estrella Montolío (2002) “lejos de alejarnos de la palabra escrita, la incorporación de la informática a nuestras vidas nos ha devuelto la pasión por la escritura. Leemos en la pantalla. Escribimos con el teclado. Enviamos mensajes; intervenimos en charlas en tiempo real; navegamos por Internet. Siempre textos” (p. 11).

No obstante, son, precisamente, las nuevas tecnologías como el correo electrónico, las salas virtuales de conversación, las bitácoras y las redes sociales, las que sacan a la luz nuestros muchos o pocos conocimientos del idioma, y si nuestros escritos contienen errores, pronto estaremos en la picota, y nuestra reputación se verá perjudicada y quedará a merced del ciberespacio. Claro está que esto solo le interesará a quien tenga conciencia lingüística, ame y respete el idioma.

Esto no quiere decir que no podamos utilizar un lenguaje braquigráfico cuando se requiera, es decir, que abreviemos las palabras por rapidez y economía de espacio, puesto que el empleo de abreviaciones se documenta desde la Antigüedad, como el uso de las letras iniciales en los nombres propios. A este propósito, es bueno recordar que “los procedimientos y signos de abreviación que hoy uti-

lizamos son el resultado de la depuración de un sistema desarrollado en época romana, consolidado en la época medieval y perfeccionado en la actualidad” (RAE y AALE, 2010, p. 566); pero una cosa es una abreviación gráfica y otra muy distinta, una falta ortográfica.

Al respecto, los autores del *Manual de estilo del correo electrónico* afirman que “el hecho de escribir con el pulgar lleva a la gente a redactar peor y ser más abrupta, por lo que no es esta la mejor opción para enviar un mensaje, aunque si eliges mantener la etiqueta de «enviado desde una PDA» puede que los demás te perdonen tus pecados” (Shipley y Schwalbe, 2008, p. 37). Además, como no es raro leer mensajes electrónicos empedrados de errores y tampoco es difícil encontrar estos en ciberpáginas, bitácoras y muros de redes sociales, muchos usuarios del idioma afirman, sin temor alguno, que cada día se escribe peor y que la pobreza léxica es abrumadora. Supongo, entonces, que le están dando la razón al periodista y escritor Álex Grijelmo (1998), quien en su libro *Defensa apasionada del idioma español* sostiene: “Se ha perdido la vergüenza por no escribir bien y ya no se reclama cierta elegancia en ello”(p. 10).

Mención especial merece la pobreza de vocabulario, ya que es muy notoria en los jóvenes hispanohablantes, tanto en su habla como en su escritura. Recordemos que “la lengua es la herramienta básica de trabajo de cualquier profesional” (Rodríguez, 2022, p. 271), y si desconocemos las palabras, ¿con qué trabajaremos?, ¿cómo lograremos comunicarnos acertadamente?, ¿cómo haremos para que nuestros escritos sean adecuados, efectivos, coherentes y correctos?

A propósito de esto, hace unos años se efectuó un estudio para determinar el número de voces que un hablante de a pie suele utilizar, y el resultado no pudo ser más desalentador: en promedio, manejaba unos dos mil términos, aunque alcanzaba a comprender hasta cinco mil. Recientemente, los estudios indican que lejos de aumentar el caudal léxico, lo empobrece cada vez más y que por eso el hispanohablante medio usa unos quinientos vocablos en su conversación diaria. ¿Y qué son quinientas palabras frente a las más de quinientas mil que tiene nuestra rica y milenaria lengua española?

Así y todo, muchos lingüistas y filólogos son más optimistas y opinan que en la actualidad, por el auge de las nuevas tecnologías, se escribe más, pero no necesariamente peor, pues observan que los internautas hacen un esfuerzo mayor para no incurrir en yerros idiomáticos, ya que, entre otras cosas, temen el escarnio porque la escritura es pública y se ha pasado del soliloquio al coloquio.

Además de las consabidas faltas, también abundan en la red los extranjerismos inútiles, quizá por el desconocimiento de las voces equivalentes españolas y por “el complejo de inferioridad ante el mundo anglosajón. Lo adoramos como al becerro de oro, y eso nos lleva a emplear sus palabras o copiar sus expresiones para así sentirnos más importantes”, como asegura el mencionado periodista Álex Grijelmo (2004, p. 21). Sin embargo, este fenómeno no es nuevo, pues, a mediados del siglo pasado, el sacerdote jesuita Félix Restrepo (1956) afirmó: “Hay gentes con tal complejo de inferioridad, que donde ven una palabra extranjera la recogen en seguida por dárselas de importantes” (p. 79). Por esa misma época, el académico colombiano Roberto Restrepo (1955) sostuvo que “en lo que se habla y se escribe, por desconocimiento de lo propio[,] se mendiga tanto a lenguas extrañas, que se hace aparecer la nuestra como una zarrapastrosa nutrida sólo por lo que otras le dan” (p. 9).

No obstante, como no todo en la vida es blanco o negro, debemos reconocer tanto lo positivo como lo negativo que nos ha traído la tecnología en cuanto a hábitos escriturales se refiere. Pienso, sin ánimo de equivocarme, que ha sido más lo positivo, porque el gusto por la palabra, la pasión por escribir y expresar lo que pensamos, sentimos, experimentamos y soñamos y el deseo de leer para aprender y opinar reafirman lo que siempre hemos creído: “Hasta el momento, saber significa saber leer, saber escribir” (Montolío, 2007, p. 11).

Por eso, quiero citar lo dicho por los autores del libro Saber escribir: “La palabra conecta el mundo con los ciudadanos en la historia contada por medio del lenguaje. *La palabra se convierte en protagonista de las historias escritas*. Por ello, hemos de mimarla, cuidarla y usarla con el mismo esmero con que un pintor usa y combina el color para hacer atractiva su obra pictórica. La palabra hay que saborearla, degustarla y gozarla acústicamente. Pero también hay que disfrutar de ella al ensamblarla armónicamente en el texto escrito sin romper el compás natural que acompaña su elección” (Lobato, 2007, p. 74).

Así pues, sopesemos cada uno de nuestros vocablos al pronunciarlos y al escribirlos, ya que “la palabra, [...] como la arcilla, como el color, se maneja por el artista para concretar su mensaje, para realizar su obra. Es preciso dominarla, conocer sus perfiles, su énfasis, su alcance...” (Villaverde, 1965, p. 9) y, según el filósofo chino Confucio, “quien no conoce bien la fuerza de las palabras no puede conocer bien a los hombres”.

Bibliografía.

- García Yebra, V. (2003). *El buen uso de las palabras*. Madrid: Gredos.
- Gómez Torrego, L. (2009). *Ortografía práctica del español*. Madrid: Instituto Cervantes/Espasa.
- Grijelmo, Á. (1998). *Defensa apasionada del idioma español*. Madrid: Taurus.
- Grijelmo, Á. (2004). *La punta de la lengua*. Bogotá: Aguilar.
- Martínez de Sousa, J. (2006). *La palabra y su escritura*. Gijón: Trea.
- Martínez de Sousa, J. (2008). *Ortografía y ortotipografía del español actual* (2.ª ed.). Gijón: Trea.
- Montolío, E. (2002). *Manual práctico de escritura académica* (Vol. I). Barcelona: Ariel.
- Montolío, E. (2007). *Saber escribir*. En J. Sánchez Lobato (Coord.), Instituto Cervantes/Aguilar. Bogotá.
- Real Academia Española & Asociación de Academias de la Lengua Española. (2010). *Ortografía de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Restrepo, F. (1956). *El castellano naciente*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- Restrepo, R. (1955). *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje* (2.ª ed.). Bogotá: Imprenta Nacional.
- Rodríguez, L. P. (2022). *El español es un mundo*. Barcelona: Arpa.
- Seco, R. (1988). *Manual de gramática española*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- Shipley, D., & Schwalbe, W. (2008). *Enviar: manual de estilo del correo electrónico*. Madrid: Taurus.
- Villaverde, F. (1965). *Palabras liminares*. En H. Toscano (Ed.), *Hablemos del lenguaje*. Nueva York: Joshua B. Powers.